

Fuera de la ley

Kim Harrison



Traducción de Ana María Andreu Baquero



PANDORA

Libros publicados de Kim Harrison

RACHEL MORGAN

1. Bruja mala nunca muere
2. El bueno, el feo y la bruja
3. Antes bruja que muerta
4. Por un puñado de hechizos
5. Por unos demonios más
6. Fuera de la ley

Próximamente:

7. *White Witch, Black Curse*

Título original: *The Outlaw Demon Wails*
Primera edición

© KimHarrison, 2008

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/ Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-733-6 Depósito Legal: B-34797-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Para el hombre que sabe que, cuanto más cambian las cosas, más extraño y misterioso se vuelve todo.

Agradecimientos

Me gustaría mostrar mi más sincero agradecimiento a Mike Spradlin, no solo por la idea del título, sino también por su prolongado y constante apoyo a los Hollows, que resultó de gran ayuda durante los primeros años y que sigo considerando muy valioso. Y, como siempre, a mi agente, Richard Curtis, y a mi editora, Diana Gill, por la preciada combinación de atención y conocimientos que ha servido para dar vida a este mundo y que tengo en gran estima.



Me apoyé en el mostrador de cristal para echarle una miradita a los precios de las varitas de secuoya de calidad superior, custodiadas en sus ataúdes de cristal como si de Blancanieves se tratase. Los extremos de mi bufanda se deslizaron bloqueándome la vista, y los introduje en mi corta chaqueta de cuero. No tenía ningún motivo para estar mirando varitas mágicas. No solo no tenía dinero sino que, lo que era más importante, no estaba de compras por cuestiones laborales, sino solo por placer.

—¿Rachel? —me interpeló mi madre con una sonrisa desde el centro de la tienda mientras toqueteaba un expositor de hierbas orgánicas empaquetadas—. ¿Y qué me dices de Dorothy? Podrías cubrir de pelo a Jenks y que hiciera de Totó.

—¡Y una mierda! —exclamó Jenks. Yo di un respingo cuando el pixie se bajó de mi hombro donde había estado acurrucado al calor de mi bufanda. Al hacerlo, despidió una nube de polvo de oro que lanzó un rayo pasajero sobre el mostrador iluminando la tarde gris—. No pienso pasar Halloween entregando caramelos vestido de perro. Ni tampoco de Wendy y Campanilla. ¡Voy a ir de pirata! —sentenció aminorando la velocidad de sus alas y posándose en lo alto del mostrador junto al lugar donde se exponían clavijas baratas de secuoya adecuadas para amuletos—. Coordinar los disfraces es una estupidez.

En circunstancias normales habría estado de acuerdo pero, sin decir una palabra, me aparté del mostrador. Jamás había tenido ingresos suficientes como para permitirme una varita. Además, la versatilidad era un factor fundamental de mi profesión, y las varitas mágicas eran maravillas de un solo hechizo.

—Me voy a disfrazar de la protagonista femenina de la última película de vampiros. Esa en la que la cazavampiros se enamora de la vampiresa.

—¿Vas ir vestida de cazavampiros? —preguntó mi madre.

Entrando en calor, agarré un amuleto no invocado y me lo coloqué en el pecho para ver cómo me quedaba. Me daba una apariencia lo bastante jipi como para pasar por la actriz que intentaba emular, pero mis pechos, casi inexistentes, no estaban a la altura del busto aumentado por medio de un hechizo. Tenía que haber sido aumentado de esta manera, porque las mujeres con el pecho grande por naturaleza no corrían así.

—No, de la vampiresa —respondí avergonzada. Ivy, mi compañera de piso, se iba a disfrazar de la cazavampiros y, a pesar de que estaba de acuerdo en que coordinar los disfraces era una estupidez, sabía que, en cuanto entráramos en

la fiesta, nos iríamos cada una por nuestro lado. Y en eso consistía, ¿no? Al fin y al cabo, Halloween era el único día en que se permitían los hechizos de imitación, y el inframundo y la pequeña porción de humanos lo suficientemente atrevidos, se aprovechaban al máximo de ello.

—¡Ah! Te refieres a la del pelo negro, ¿verdad? La que va vestida como una fulana. ¡Santo Dios! No sé si mi máquina de coser podrá con el cuero.

—¡Mamá! —protesté, a pesar de estar más que acostumbrada a su vocabulario y a su falta de tacto. Siempre soltaba todo lo que se le pasaba por la cabeza. Ambas nos quedamos mirando a la dependienta, pero era evidente que conocía a mi madre, porque ni siquiera se inmutó. Ver a una mujer con unos elegantes pantalones de vestir y un jersey de angora hablando como un camionero solía confundir a la gente. Además, yo ya tenía el disfraz colgado en el armario.

Con el ceño fruncido, mi madre empezó a manosear los hechizos para cambiar el color del pelo.

—Ven aquí, cariño. Veamos si tienen algo para domar tus rizos. Sinceramente, siempre eliges los disfraces más complicados. ¿Por qué no te vistes de algo más sencillo? De trol o de princesa de cuento de hadas.

Jenks se rió por lo bajo.

—Porque prefiere algo más golfo —dijo lo bastante alto para que yo lo oyera, pero no mi madre.

Yo me quedé mirándolo, y él me lanzó un sonrisita mientras volaba hacia atrás, en dirección a un estante de semillas. A pesar de medir poco más de diez centímetros, resultaba muy atractivo con sus botas de suela blanda y su bufanda roja alrededor del cuello, que le había tejido su esposa Matalina. La primavera anterior había usado una maldición demoníaca para darle un tamaño humano, y el recuerdo de su cuerpo atlético de dieciocho años, de su cintura estilizada y de sus amplios y musculosos hombros reforzados por sus alas de libélula seguían muy presentes en mi memoria. Era un pixie casado, pero la belleza está para admirarla.

Jenks pasó volando como una flecha por encima de mi cesta y dejó caer un paquete de semillas de helecho, para las doloridas alas de Matalina, que aterrizó con un golpe en su interior. En ese momento avistó el aumentador de pecho y su expresión se volvió absolutamente diabólica.

—Hablando de golfería... —empezó.

—Estar bien dotada no es lo mismo que ser una golfa, Jenks —dije—. Ya va siendo hora de que crezcas un poco. Es para el disfraz.

—¿De verdad crees que eso serviría de algo? —Su sonrisa burlona me sacó de quicio, tenía los brazos en jarras con su mejor pose al estilo Peter Pan—. Te harían falta dos o tres de esos solo para que se notaran un poco. Parecen dos huevos fritos.

—¡Cierra la boca!

Desde el otro extremo de la tienda se oyó a mi madre que, ajena a la conversación, gritaba:

—Negro azabache, ¿verdad?

Yo me giré y vi como su pelo cambiaba de color conforme tocaba los amuletos invocados de muestra. Tenía el pelo exactamente igual al mío. O casi. Yo lo llevaba largo, con una melena salvaje y crespa que me llegaba por debajo de los hombros, a diferencia de ella, que lo llevaba muy corto para intentar domarlo. Pero teníamos el mismo color verde de ojos, y yo gozaba de su misma habilidad con la magia terrenal, que había complementado y dado un cariz profesional en una de las facultades de la ciudad. En realidad sus conocimientos eran mayores que los míos, pero no tenía demasiadas oportunidades para usarlos. Halloween siempre le había servido de excusa para presumir de sus considerables habilidades con la magia terrenal delante de las madres del vecindario, como modesta venganza, y creo que agradecía que este año le hubiera pedido ayuda. Durante los últimos meses se la veía muy bien, y no podía dejar de preguntarme si la mejoría en su estado de ánimo se debía al hecho de que pasáramos más tiempo juntas o si, simplemente, me parecía más estable porque había dejado de visitarla solo cuando tenía problemas.

En ese momento me asaltó un sentimiento de culpa y, tras lanzar una mirada desafiante a Jenks, que cantaba una canción sobre mujeres de grandes pechos atándose los zapatos, zigzagueé por entre los expositores de hierbas y los estantes de encantos deportivos ya preparados, todos ellos con una pegatina identificativa con el nombre del autor. Los hechizos caseros seguían siendo una industria artesanal, a pesar del alto nivel de tecnología disponible para resolver los inconvenientes del día a día, pero estaba sometida a controles exhaustivos y debía llevar las licencias pertinentes. Lo más probable es que la propietaria de la tienda solo hubiera elaborado un pequeño número de los que tenían a la venta.

Siguiendo las indicaciones de mi madre, fui cogiendo uno a uno todos los amuletos de muestra para que pudiera evaluar cómo me quedaban. La dependienta, mientras tanto, exclamaba «Ooh» y «Aah», intentando forzarnos a tomar una decisión. Sin embargo, hacía años que mi madre no me ayudaba con mi disfraz, y teníamos previsto pasar toda la tarde en ello, para luego tomar un café y un postre en alguna cafetería cara. No es que ignorase a mi madre, pero mi agitada vida solía interferir en nuestra relación. Y mucho. Llevaba tres meses intentando esforzarme por pasar más tiempo con ella, tratando de ignorar mis propios fantasmas y esperando que ella no fuera tan... frágil, y hacía tiempo que no la veía tan bien. Aquella idea me terminó de convencer de lo mala hija que era.

No tuvimos muchos problemas en dar con el color adecuado, y yo asentí con la cabeza cuando mis rizos pelirrojos se volvieron de un negro tan intenso que adquirieron un tono azulado muy similar al de las pistolas. Satisfecha, metí en la cesta un amuleto sin invocar empaquetado para ocultar el aumentador de pecho.

—En casa tengo un hechizo que te vendría genial para alisarte el pelo —comentó mi madre alegremente, y yo me giré hacia ella sorprendida. Cuando estaba en cuarto averigüé que los hechizos que se podían comprar en las tiendas no servían para domar mis rizos. ¿Por qué demonios conservaba todavía aquellos hechizos especialmente complicados? Hacía años que no me alisaba el pelo.

En ese momento sonó el teléfono de la tienda y, cuando la dependienta se disculpó, mi madre se me acercó sigilosamente y, con una sonrisa, me acarició la trenza que me habían hecho los hijos de Jenks aquella misma mañana.

—Me pasé toda tu época del instituto perfeccionando ese hechizo —dijo—. ¿De verdad crees que voy a renunciar a ponerlo en práctica?

Sin poder evitar la preocupación, eché un vistazo a la mujer que estaba al teléfono, la que era evidente que conocía a mi madre.

—¡Pero mamá! —le recriminé en voz baja—. ¡No puedes vender ese tipo de hechizos! ¡No tienes licencia!

Con los labios apretados y visiblemente enfurruñada, me arrebató la cesta y se fue hacia el mostrador para pagar.

Yo suspiré y mis ojos se dirigieron hacia Jenks, que, sentado en un estante, se encogió de hombros. Lentamente seguí los pasos de mi madre preguntándome si la había ofendido mucho más de lo que imaginaba. A veces se le iba la olla. Francamente, ella debía saberlo mejor que nadie.

Mientras estábamos de compras, habían encendido las luces de la calle, y el asfalto, mojado por la lluvia, brillaba con la festiva iluminación dorada y violeta. Daba la impresión de que hacía frío y, cuando me dirigí a la caja, me ajusté la bufanda para Jenks.

—Gracias —musitó mientras aterrizaba en mi hombro. Sus alas temblorosas rozaron mi cuello al posarse. El mes de octubre solía ser demasiado frío para que estuviera fuera pero, teniendo en cuenta que el jardín estaba prácticamente seco y que Matalina necesitaba semillas de helecho, no tenía más remedio que arriesgarse a salir con lluvia para acercarse a una tienda de hechizos. *Haría cualquier cosa por su mujer*, pensé frotándome la nariz, que había empezado a gotearme.

—¿Qué me dices de esa cafetería a dos manzanas de aquí? —sugirió mi madre mientras el amortiguado bip bip de la máquina leyendo los códigos de barras contrastaba con los mundanos olores de la tienda.

—Coge aire, Jenks. Voy a estornudar —le advertí y, él, mascullando cosas que, por suerte, no entendí, voló hasta el hombro de mi madre.

Fue un estornudo liberador, que me desatascó los pulmones y me valió un «Salud» por parte de la dependienta. Desgraciadamente, fue seguido de otro y, antes de tener tiempo de enderezarme, un tercero me golpeó. Empecé a respirar de forma superficial para intentar evitar el siguiente y miré a Jenks consternada.

—Mierda —susurré. Había una sola cosa que pudiera hacerme estornudar de aquel modo. Y el sol acababa de ponerse—. ¡Mierda, mierda, mierda! —Me giré hacia la dependienta, que estaba metiendo las cosas en una bolsa. No tenía mi círculo de invocación. El primero se me había roto, y el nuevo estaba apretujado entre dos libros de encantamientos bajo la encimera de mi cocina—. ¡Mierda, mierda, mierda! Debería haber hecho uno del tamaño de un espejo de bolsillo.

»Disculpe —dije soltando una especie de gorgorito y cogiendo el pañuelo de papel que me ofrecía mi madre y que acababa de sacar del bolso—. ¿Tienen círculos de invocación?

La mujer me miró fijamente, claramente ofendida.

—¡Por supuesto que no! Alice, me dijiste que no se dedicaba a tratar con demonios. ¡Salid inmediatamente de mi tienda!

Mi madre soltó un bufido, visiblemente enfadada, pero luego la expresión de su rostro cambió y adoptó una actitud conciliadora.

—Patricia —dijo intentando engatusarla—, Rachel no invoca demonios. Los periódicos publican lo que saben que vende. Eso es todo.

Yo estornudé de nuevo, y esta vez lo hice con tanta fuerza que incluso me dolió. Mierda. Teníamos que salir de allí como fuera.

—¡Eh, Rachel! —me gritó Jenks. Alcé la vista e intenté coger el trozo de tiza magnética envuelto en papel celofán que me lanzaba. Mientras trataba torpemente de abrir el envoltorio, me esforcé por recordar el complejo pentágulo que me había enseñado Ceri. Minias era el único demonio que sabía que yo tenía línea directa con el más allá y, si no le contestaba, cabía la posibilidad de que cruzara las líneas para venir a por mí.

En aquel momento sentí un dolor punzante que provenía de un lugar lejano. Doblada por la mitad, solté un grito ahogado y caí hacia atrás respirando con dificultad.

Jenks chocó contra el techo, dejando atrás una nube de polvo plateado que recordaba a cuando los pulpos expulsan un chorro de tinta. Mi madre, que seguía junto a su amiga, se giró hacia mí.

—¿Rachel? —preguntó con los ojos abiertos de par en par mientras yo me inclinaba hacia delante y me agarraba la muñeca.

En ese preciso instante la mano se me entumeció y solté la tiza. Sentía como si mi muñeca estuviera ardiendo.

—¡Salid de aquí! —grité a las dos mujeres que me miraban como si hubiera perdido la razón.

Todos dimos un salto cuando la presión del aire cambió violentamente. Con los oídos zumbándome, levanté la vista con el corazón a mil y conteniendo la respiración. Estaba allí. No podía verlo, pero el demonio se encontraba allí. En alguna parte. Percibía el olor a ámbar quemado.

Entonces avisté la tiza, la recogí y agarré el celofán, pero mis uñas no conseguían encontrar la juntura. Me debatía entre el miedo y la rabia. Minias no tenía derecho alguno a molestarme. No tenía ninguna deuda con él, ni él tampoco conmigo. ¿Y por qué demonios no conseguía abrir aquel maldito envoltorio y sacar la tiza?

—¿Rachel Mariana Morgan? —exclamó una voz con el elegante acento británico que se podía esperar de una obra de Shakespeare, y sentí un frío en la cara—. ¿Dóonde estaaás? —preguntó arrastrando las palabras.

—¡Mierda! —dije entre dientes. No era Minias. Era Al.

Presa del pánico, busqué a mi madre con la mirada. Seguía allí de pie, junto a su amiga, con su limpio y planchado traje de color marrón, su peinado impecable, y la piel alrededor de sus ojos que empezaba a mostrar algunas débiles arrugas. No tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Mamá —le susurré gesticulando desesperadamente mientras ponía espacio entre nosotras—. Meteos en un círculo. ¡Las dos!

Sin embargo, ambas se quedaron mirándome sin pestañear. ¡Mierda! Ni siquiera yo misma lo entendía. Tenía que ser una broma. Una broma perversa y retorcida.

Mis ojos se dirigieron al rápido repiqueteo de las alas de Jenks, que se había acercado y revoloteaba por encima de mi cabeza.

—Es Al, Rache —susurró el pixie—. ¿No dijiste que estaba en prisión?

—¡Rachel Mariana Mooorgaaaaan! —canturreó el demonio mientras yo me quedaba paralizada al oír el golpeteo de sus botas, que se acercaban desde un alto expositor lleno de libros de hechizos.

—¡Maldito pixie! ¡No eres más que un estúpido pedazo de musgo! —se reprochó a sí mismo Jenks—. Hace demasiado frío para sacar mi espada —dijo con una especie de falsete burlón—. ¡Se me va a congelar el culo! Se suponía que tenía que ser un simple día de compras, no una misión. —En ese momento el tono de su voz cambió, volviéndose furioso—: ¡Por el amor de Campanilla, Rachel! ¿No eres capaz de salir de tiendas con tu madre sin invocar a los demonios?

—¡No lo he llamado yo! —protesté sintiendo que las palmas de mis manos se empapaban de sudor.

—¿Ah, no? Pues el caso es que ha venido —dijo el pixie. Yo tragué saliva cuando el demonio se asomó desde detrás del expositor. Sabía exactamente dónde me encontraba.

Al sonreía con una profunda y sarcástica rabia mientras sus ojos rojos, con aquellas pupilas horizontales y rasgadas como las de una cabra, me miraban a través de un par de gafas redondas con cristales ahumados. Iba vestido con su habitual levita verde de terciopelo arrugado con chorreras, y era la personificación de la elegancia de la vieja Europa, la imagen de un joven lord rozando la grandeza. Sus aristocráticos rasgos, finamente cincelados, incluidas su poderosa nariz y su prominente barbilla, estaban crispados, y mostraban unos afilados dientes preparados para hacer mucho daño.

Yo seguí caminando hacia atrás y él salió desde detrás del expositor.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué feliz coincidencia! —dijo complacido—. Dos Morgan por el precio de una.

¡Oh, Dios! ¡Mi madre! El terror me sacó de golpe de mi estado de shock.

—¡No puedes tocarme! ¡Ni a mí ni a mi familia! —dije mientras intentaba sacar la tiza magnética de su envoltorio de celofán. Si conseguía hacer un círculo, tal vez podría retenerlo—. ¡Lo prometiste!

El repiqueteo de sus botas se detuvo cuando adoptó una de sus regias poses para presumir de su elegancia. Mis ojos calcularon la distancia que nos separaba. Unos dos metros y medio. La cosa no pintaba bien. Pero si me estaba mirando, eso quería decir que estaba ignorando a mi madre.

—Sí, ¿verdad? —dijo. En ese momento dirigió la mirada hacia el techo y mis hombros se relajaron.

—¡Rache! —aulló Jenks.

Al arremetió contra mí. Presa del pánico, di marcha atrás. El miedo me invadió cuando alcanzó mi garganta. Agarré sus dedos con fuerza y le clavé las

ñas mientras él me cogía en volandas. Su esculpido rostro mostró una mueca de dolor, pero solo tensó los dedos. Las sienes me latían y empecé a sentir que me fallaban las fuerzas mientras rezaba para que quisiera regodearse un poco antes de arrastrarme de nuevo hasta siempre jamás para, con un poco de suerte, matarme.

—¡No puedes hacerme daño! —chillé dudando de si los destellos que veía en uno de los extremos de mi campo visual se debían a la falta de oxígeno o si, en realidad, se trataba de Jenks. Estoy muerta. Estoy muerta sin remisión.

Al emitió un suave gruñido de satisfacción, un largo y profundo murmullo de complacencia. Sin apenas esforzarse, me acercó hacia él hasta que nuestras respiraciones se mezclaron. Sus ojos, detrás de sus gafas, eran rojos, y el aroma a ámbar quemado recorrió mi interior de arriba abajo.

—Te pedí amablemente que testificaras a mi favor, pero tú te negaste. No tengo ningún aliciente para seguir respetando las reglas del juego. Gracias a tu falta de visión, me vi sentado en una minúscula celda. —A continuación me sacudió con fuerza haciéndome castañetear los dientes—. Me despojaron de todas mis maldiciones y ahora solo puedo recurrir a los conjuros que sea capaz de invocar con la palabra. No obstante, alguien me permitió salir a condición de que hiciéramos un trato —añadió maliciosamente—. Y una vez que lo llevemos a la práctica, tú estarás muerta y yo me habré convertido en un demonio libre.

—¡Yo no tengo la culpa de que acabaras en la cárcel! —chillé. La cantidad de adrenalina que generaba hacía que me doliera la cabeza. No podía llevarme a siempre jamás a menos que yo se lo permitiera; hubiera tenido que arrastrarme hasta una línea luminosa.

En algún lugar de mi exhausto cerebro se encendió una lucecita. No podía sujetarme y desvanecerse al mismo tiempo. Gruñendo, levanté la rodilla y le golpeé justo entre las piernas.

Al soltó un gruñido. Me sentí morir cuando me lanzó por los aires y mi espalda golpeó en un expositor. Empecé a respirar entrecortadamente, sujetando mi garganta magullada mientras un montón de paquetes de hierbas liofilizadas me caía en la cabeza. Al toser aspiré el olor a ámbar quemado, levanté una mano para esquivar los leves golpes y me puse de rodillas para levantarme. *¿Dónde estará la tiza?*

—¡Maldita perra hija de puta! —rezongó Al encorvado y sosteniéndose como podía. Yo sonreí. Minias me había dicho que, como parte del castigo de Al por haber dejado marchar a su antigua familiar, que sabía cómo almacenar energía de líneas luminosas, se le había despojado de todos los hechizos, encantamientos y maldiciones que había acumulado durante milenios. Si le dejaba, aunque no se quedaría totalmente indefenso, al menos estaría reducido a un limitado vocabulario de conjuros. Era obvio que había estado en la cocina recientemente, puesto que la imagen de caballero de la flor y nata de la sociedad inglesa era un disfraz. No quería saber cuál era su verdadero aspecto.

—¿Qué te pasa, Al? —le pregunté con sorna, pasándome la mano por la boca y descubriendo que me había mordido el labio involuntariamente—. ¿No estás acostumbrado a que te planten cara?

Era una sensación jodidamente genial. Allí estábamos, en una tienda de encantamientos, y no teníamos nada invocado salvo unos encantamientos para cambiar el aspecto físico y algunos aumentadores de pecho.

—¡Cuidado, Rachel! —gritó mi madre. La cabeza de Al viró en redondo.

—¡Mamá! —le grité cuando ella me tiraba algo—. ¡Sal de aquí!

Los ojos de Al siguieron la trayectoria del objeto. Muerta de miedo, presencié cómo le recorría un negro resplandor de siempre jamás, sanando todo el daño que yo le había causado. Por suerte, la tiza magnética aterrizó sana y salva directamente en mis manos. Inspiré profundamente para gritarle una vez más que saliera de allí, y el resplandor de un círculo de color azulado de siempre jamás se alzó alrededor de ella y de la dependienta, que estaba detrás del mostrador. Estaban a salvo.

Una extraña e inesperada sensación helada me recorrió el cuerpo y me dejó paralizada. Sentí como si el badajo de una campana hiciera repiquetear todos mis huesos. Al, completamente ajeno a lo que me estaba sucediendo, emitió un potente rugido y me embistió.

Con un aullido me tiré al suelo consiguiendo esquivarlo. Desde detrás de mí me llegó un fuerte estrépito justo en el momento en que Al pasaba por encima de mí y caía sobre el estante que yo había derribado. Solo tenía algunos segundos. Con el brazo extendido, me senté en el suelo y dibujé como pude un círculo, rodando hacia delante y hacia atrás, mientras presentía, gracias a haber practicado durante años artes marciales, que intentaba alcanzarme.

—¡Esta vez no, bruja! —me espetó.

Con los ojos abiertos como platos, giré sobre mi trasero y alcé el pie para darle una patada. Sin embargo, antes de que pudiera moverme, una explosión sacudió toda la tienda haciendo añicos las ventanas. Me llevé las manos a los oídos y sacudí el pie para librarme de Al, que me lo sujetaba con fuerza. Entonces recuperé la capacidad auditiva y escuché claramente el chirrido de unos neumáticos patinando sobre la calzada mojada que entraba por la ventana rota junto con los gritos de la gente. ¿Qué habrá hecho mi madre?

—¡Jenks! —grité al sentir el frío húmedo de la noche. Hacía demasiado frío. ¡Podía provocar que entrara en hibernación!

—¡Estoy bien! —exclamó suspendido en el aire y rodeado de una nube de polvo rojizo—. Vamos a por ese cabrón.

Mientras intentaba ponerme en pie, me quedé dudando en cuclillas cuando vi que Jenks se quedaba mirando fijamente por encima de mi hombro y palidecía.

—Quiero decir... cabrones —se corrigió, y un nuevo miedo se apoderó de mí cuando me di cuenta de que Al también se había detenido y que miraba hacia el mismo lugar que Jenks. En el silencio del ruido ambiental de la calle, percibí una oleada de ámbar quemado y de ozono contaminado.

—Hay otro demonio detrás de mí, ¿verdad? —susurré.

Jenks dirigió la vista hacia mí y luego la apartó de nuevo.

—Dos.

Genial. Jenks salió disparado y yo me moví. Tropecé con mi bufanda y luego empecé a patear cuando sentí que alguien agarraba mi pierna. Conseguí

zafarme y, tras tirarme de nuevo al suelo, me giré. Era un brazo con una garra amarilla. Me aferré a su hombro y, tras coger impulso con el pie, balanceándolo como un fulcro, lo lancé por encima de mí.

No se oyó ningún estruendo. Quienquiera que fuera se había desvanecido. ¿Tres demonios? ¿Qué diantre estaba pasando?

Cabreada, me puse en pie y, apenas lo conseguí, una nube borrosa de color rojo justo delante de mí me hizo caer de nuevo. Miré a mi madre. Estaba bien e intentaba zafarse de los brazos de la dependienta, que sufría un ataque de histeria, a salvo en el interior del círculo, con el resto de la tienda destrozada a su alrededor.

—¿Has contratado a un poli para que me persiga? —gritó Al—. Buen intento.

Sentí que la presión del aire aumentaba delante de mí, me llevé las manos a los oídos y Al se desvaneció. El demonio rojo que se dirigía directamente hacia él derrapó y se detuvo en seco. Blasfemando violentamente, lanzó por los aires su guadaña con furia. Esta rebanó un estante metálico como si fuera algodón de azúcar y se volcó provocando que la dependienta empezara a sollozar.

Parpadeando y con los ojos guiñados, me puse en pie y, lentamente, retrocedí. Al hacerlo, oí el ruido de montones de paquetes de hierbas que crujían bajo mis pies. *Mierda*, pensé; el monstruo se parecía a la muerte teniendo una pataleta y yo di un respingo cuando Jenks aterrizó sobre mi hombro. El pixie blandía un clip estirado forrado de plástico, y eso me dio fuerzas. ¿Qué importaba si todavía había dos demonios allí? Con Jenks cubriéndome las espaldas, podía hacer cualquier cosa.

—¡Síguelo! —gritó el último maligno, y yo me di la vuelta temiéndome lo peor. Por favor, que no sea Newt. Cualquiera menos Newt.

—¡Tú! —exclamé dejando escapar, como una explosión, todo el aire que tenía en los pulmones. Era Minias.

—Sí, yo —gruñó él, y yo salté cuando el demonio rojo con la guadaña se desvaneció—. ¡Maldita sea! ¿Por qué demonios no me respondiste?

—¡Porque yo no trato con demonios! —le grité. A continuación, como si tuviera alguna autoridad sobre él, apunté con el dedo hacia la ventana y le ordené—: ¡Sal inmediatamente de aquí!

El rostro liso e intemporal de Minias se llenó de arrugas por la rabia.

—¡Cuidado! —gritó Jenks despegando de mi hombro, pero yo ya iba muy por delante de él. El demonio cruzaba la tienda a grandes zancadas con su toga amarilla y su extraño sombrero, apartando a patadas hierbas y encantamientos. Yo comencé a caminar hacia atrás intentando guiarme por los gritos de la gente que estaba en la acera y que me servían para calcular cuánto me faltaba para llegar al círculo que había dibujado anteriormente. Tenía que estar cerca de donde me encontraba.

Se acercaba en silencio, con mirada asesina, y unos ojos de pupilas rasgadas de un rojo tan oscuro que parecía marrón. A medida que se acercaba, su toga, a medio camino entre la túnica de un jeque y un kimono, se movía sinuosa. Su caminar afectado se dirigía hacia mí y la luz hacía que sus anillos emitieran destellos.

—¡Ahora! —gritó Jenks, y yo escapé del alcance del demonio y rodé más allá del círculo de tiza.

Yo estaba fuera y Minias estaba dentro.

—¡*Rhombus!* —exclamé dando un golpe con la mano sobre la tiza. Mi conciencia se extendió para tocar la línea luminosa más cercana. La energía surgió de mi interior, invadiéndome, y yo contuve la respiración con los ojos llorosos conforme fluía libremente en mí, haciendo que mi deseo de un rápido círculo me permitiera llenarme de la extraordinaria fuerza de la energía de la línea luminosa.

Dolía, pero apreté los dientes con fuerza y aguanté hasta que las fuerzas se equipararan en el tiempo que tarda un electrón en girar. Impulsada por la palabra mágica, mi voluntad rescató el recuerdo de horas de práctica fundiendo cinco minutos de estudio y de invocación en un abrir y cerrar de ojos. Yo no era demasiado buena con otras líneas luminosas, pero con esta, con esta podía hacerlo.

—¡Maldita seáis, tú y tu madre! —blasfemó Minias. Yo no pude evitar sonreír cuando el bajo de su toga amarilla se detuvo de golpe, agitándose por efecto de la capa de siempre jamás del grosor de una molécula que se alzó para apresarlos en mi círculo.

Expulsé todo el aire que tenía dentro y, sin dejar de mirar al demonio, me dejé caer sobre mi trasero, con las palmas de las manos apoyadas sobre la madera del suelo y las rodillas dobladas. Lo había conseguido, y el repentino descenso de adrenalina hizo que me pusiera a temblar.

—¡Rachel! —gritó mi madre, y yo miré más allá de Minias. Estaba observando con el ceño fruncido a la dependienta que, sin dejar de gritar y sollozar, se negaba a bajar su círculo protector. Al final mi madre se hartó y, con los labios fruncidos y el mal genio que compartíamos, empujó a la mujer dentro de su propia burbuja provocando que se rompiera.

Fuera de la vista, detrás del mostrador, la mujer se dejó caer, exhausta, y se puso a aullar con todas sus fuerzas. Yo me erguí cuando vi que el teléfono se arrastraba por el mostrador y aterrizaba de golpe en el suelo. Con una sonrisa, mi madre se acercó a mí con cuidado, intentando no pisar los hechizos y encantamientos esparcidos por el suelo, con las manos extendidas y exudando orgullo por todos los poros de su cuerpo.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras me ayudaba a ponerme en pie.

—¡Qué pasada! —exclamó con los ojos brillantes de emoción—. ¡Por todos los demonios! ¡Me encanta verte trabajar!

Tenía los vaqueros cubiertos de hierbas aplastadas y empecé a sacudírmelos intentando desprender los copos. Había una multitud de gente arremolinada mirando por el escaparate, y el tráfico se había detenido. Jenks se colocó detrás de mi madre y se llevó el dedo a la sien indicando que estaba loca. Yo fruncí el ceño. Mi madre había estado más que deprimida desde la muerte de mi padre, pero tenía que admitir que su despreocupación ante el ataque de tres demonios era mucho más fácil de soportar que los gritos histéricos de la dependienta.

—¡Fuera de aquí! —gritó poniéndose en pie. Tenía los ojos rojos y la cara hinchada—. ¡Alice, sal inmediatamente de aquí y no vuelvas nunca más! ¿Me has oído? ¡Tu hija es un peligro, deberían encerrarla y no dejarla salir jamás!

Mi madre apretó los dientes con rabia.

—¡Cierra la boca! —le espetó acaloradamente—. Mi hija acaba de salvarte el culo. Ha ahuyentado dos demonios y encerrado a un tercero mientras tú te escondías como una niña remilgada que no sabe ni cómo coger un amuleto aunque le haya salido del culo.

Con las mejillas encendidas, se dio la vuelta con un resoplido y me agarró del brazo. Tenía cogida la bolsa de plástico con los hechizos, y me golpeó con ella ligeramente.

—Rache, vámonos. Es la última vez que vengo a comprar a esta tienda de mierda.

Jenks se colocó delante de nosotras con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Le he dicho alguna vez lo bien que me cae, señora Morgan?

—Mamá... La gente puede oírte —dije avergonzada. ¡Dios! Su vocabulario era incluso peor que el de Jenks. Además, no podíamos irnos. Minias seguía en el interior de mi círculo.

Taconeando por encima de la mercancía, mi madre me arrastró hasta la puerta con la cabeza alta mientras sus rizos pelirrojos se agitaban con la brisa que entraba por la ventana rota. Una expresión de cansancio se apoderó de mi rostro cuando escuché el ulular de las sirenas. Genial. Lo que me faltaba. Seguro que me llevarían a la fuerza al torreón de la SI para rellenar un informe. Invocar demonios no era ilegal sino simplemente estúpido, pero estaba segura de que se les ocurriría algo, probablemente una mentira descarada.

Yo no gozaba precisamente de la simpatía de la SI, la Seguridad del Inframundo. Desde que el año anterior había abandonado las penosas e incompetentes fuerzas policiales que actuaban en el mundo entero, Ivy, Jenks y yo habíamos puesto en evidencia la división de Cincinnati en repetidas ocasiones, algo que hacíamos con mucho gusto. No eran idiotas, pero yo tenía la capacidad de atraer problemas que me pedían a gritos que los resolviera a base de golpes. Tampoco ayudaba el hecho de que la prensa le hubiera cogido el gusto a publicar todo tipo de cosas sobre mí, aunque solo fuera para aumentar la animadversión de la gente y vender más ejemplares.

Conforme nos acercábamos, Minias se aclaró la garganta y mi madre se detuvo sorprendida. El demonio entrelazó las manos inocentemente y sonrió. Desde el exterior se incrementó el volumen de las conversaciones al ver acercarse las patrullas. Los nervios aumentaron y Jenks se deslizó por debajo de mi bufanda sin soltar el clip. Él también estaba temblando, pero yo sabía a ciencia cierta que no era de miedo, sino de frío.

—Haz desaparecer a tu demonio, Rachel. Así podremos ir a tomar un café —dijo mi madre como si estuviera hablando de deshacerse de unas cuantas hadas pesadas en el jardín—. Son casi las seis. Si no nos damos prisa, encontraremos cola.

La dependienta se apoyó en el mostrador.

—¡No podéis iros! ¡He llamado a la SI! ¡No dejen que se marchen! —gritó a los curiosos. Por fortuna, ninguno de ellos entró—. ¡Deberían meteros en la cárcel! ¡A todos vosotros! ¡Mirad cómo está mi tienda!

—¡Corta el rollo, Patricia! —le recriminó mi madre—. Sabes de sobra que el seguro lo cubrirá todo. —A continuación, se giró hacia Minias y le dijo, coqueta—: Eres muy atractivo para ser un demonio.

Minias parpadeó y yo suspiré al ver la sonrisa fingida y la reverencia que hicieron que mi madre se riera como una adolescente. Las voces de la gente se desplazaron y, cuando miré hacia la calle y hacia el sonido de las patrullas, alguien me hizo una foto con su teléfono móvil. *Ooh, lo que me faltaba.*

Entonces me pasé la lengua por los labios y me giré hacia Minias.

—Demonio, te exijo que te marches... —comencé.

—Rachel Mariana Morgan —me interrumpió Minias acercándose tanto al borde de la barrera que el humo empezó a hacer volutas cuando su túnica lo tocó—. Estás en peligro.

—Dinos algo que no sepamos, alfombra de musgo —murmuró Jenks desde mi hombro.

—¿Que estoy en peligro? —dije en tono malicioso sintiéndome mejor ahora que el demonio estaba en un círculo—. ¿No me digas? ¿Por qué Al no está en prisión? ¿Me dijiste que estaba detenido! ¿Me ha atacado! —grité señalando con el dedo la tienda arrasada—. ¡Ha roto nuestro pacto! ¿Qué piensas hacer al respecto?

El párpado de Minias empezó a temblar y un desagradable ruido áspero reveló que estaba rascando el suelo con sus pantuflas.

—Alguien lo está invocando y sacándolo de su reclusión. Por tu propio bien, deberías ayudarnos.

—Rache —se quejó Jenks—, hace frío, y la SI está a punto de llegar. Des-hazte de él antes de que nos tengan rellenando formularios hasta que el sol se convierta en una nova.

Yo empecé a mecarme sobre mis tacones. Oh, sí. ¿De verdad creía que iba a ayudar a un demonio? Mi reputación ya era lo suficientemente mala.

Cuando vio que estaba a punto de hacerlo desaparecer, Minias sacudió la cabeza.

—Sin tu ayuda no podemos contenerlo. Te matará, y cuando ya no haya nadie que pueda plantarle cara, se saldrá con la suya.

La seguridad que percibí en su voz hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. Preocupada, miré a la gente que se arremolinaba en el escaparate y luego eché un vistazo a la tienda. No quedaba mucho en pie. En el exterior, el tráfico había empezado a moverse cuando las luces de color azul y ámbar de un coche de la SI empezaron a desplazarse por las fachadas de los edificios. Entonces mi mirada recayó sobre mi madre y me sentí avergonzada. Normalmente conseguía mantenerla al margen de los aspectos más letales de mi trabajo, pero esta vez...

—Será mejor que escuches lo que tiene que decirte —dijo ella, dejándome alucinada. A continuación se alejó taconeando con elegancia con la intención de interceptar a la dependienta, que en ese momento corría hacia la calle.

Un desagradable presentimiento hizo que sintiera un nudo en el estómago. Si Al había dejado de seguir las reglas, me mataría. Probablemente, después de obligarme a presenciar la muerte de todos los que amaba. Era así de simple. Había pasado los primeros veinticinco años de mi vida viviendo de mi instinto y, a pesar de que me había ayudado a salir de muchos líos, también me había metido en otros tantos. Y había contribuido a la muerte de mi novio. De manera que, a pesar de que todas las fibras de mi cuerpo me decían que debía hacerlo desaparecer, respiré hondo, hice caso del consejo de mi madre y dije:

—De acuerdo, habla.

Minias fijó su atención en mi madre. Una capa de siempre jamás cayó como una cascada sobre él, transformando su solemne toga amarilla en unos vaqueros gastados, un cinturón de cuero, un par de botas y una camisa roja de seda. Era la ropa favorita de Kisten, y probablemente Minias la había cogido de mis pensamientos como quien coge una galleta de un bote. Maldito demonio cabrón.

Kisten. El recuerdo de su cuerpo apuntalado sobre su cama regresó a mi mente como un fogonazo. Sabía que había intentado salvarlo. O tal vez fue él el que intentó salvarme a mí. Sencillamente no lo recordaba, y un sentimiento de culpa se deslizó a través de mi alma. Le había fallado, y Minias se estaba aprovechando de ello. Qué hijo de puta.

—Déjame salir —dijo Minias en tono burlón, como si supiera que me estaba haciendo daño—. Entonces hablaremos.

Sentí un dolor punzante y fantasmal en el brazo derecho y me lo agarré, recordando.

—Es probable que lo haga —dije amargamente. La dependienta se zafó de mi madre de un tirón y se puso a chillar de tal manera que me hizo daño en los oídos.

Minias no parecía sorprendido y miró de arriba abajo su nueva indumentaria con interés. En ese momento, un par de gafas de sol con cristales de espejo aparecieron en sus manos rodeadas de una neblina, y él las colocó en el puente de su estrecha nariz con sumo cuidado para ocultar sus inconfundibles ojos. Luego se sorbió la nariz y yo sentí náuseas al pensar en lo mucho que parecía un chico normal. Tenía el aspecto de un atractivo universitario, de esos estudiantes que te encuentras en cualquier campus, o tal vez un profesor, pero su porte era poco compasivo y ligeramente desdenoso.

—La sugerencia de tu madre de ir a tomar un café me parece razonable. Te doy mi palabra de que seré... bueno.

Mi madre miró de pasada al bullicio de la calle y, al ver su expresión de aprobación, me pregunté si en realidad mi necesidad de buscar emociones fuertes la había heredado de ella. Pero yo había madurado y, poniéndome la mano en la cadera, sacudí la cabeza. A mi madre se le había ido completamente la olla. Era un jodido demonio.

En ese momento se oyó el sonido de la puerta de un coche que se cerraba y el de la radio de la policía, y el demonio miró por encima de mi hombro.

—¿Alguna vez te he mentado? —murmuró de manera que solo yo pudiera oírle—. ¿Acaso tengo aspecto de demonio? Diles que soy un brujo que te estaba ayudando a coger a Al y que acabé en el círculo por equivocación.

En aquel momento lo miré con los ojos entreabiertos. ¿Me estaba pidiendo que mintiera por él?

Minias se acercó tanto a la barrera de siempre jamás que esta emitió un zumbido estridente a modo de advertencia.

—Si no lo haces, le daré al público lo que está esperando.—Sus ojos se dirigieron a la gente que se agolpaba en el escaparate—. Les daré la prueba de que tu trato con los demonios debería hacer maravillas por tu... destacada reputación.

Mmmmm. Así que era eso.

La puerta se abrió haciendo tintinear la campanilla. Despidiendo un grito de alivio, la dependienta se zafó de mi madre con un empujón y echó a correr hacia los dos oficiales. Sollozando, se echó en sus brazos evitando que siguieran acercándose. Tenía, como mucho, treinta segundos, después la decisión de lo que pasaría con Minias ya no dependería de mí, sino de la SI. No podía permitirlo.

Minias se dio cuenta de la decisión que había tomado y sonrió con una seguridad en sí mismo que me sacó de quicio. Los demonios nunca mentían, pero tampoco decían nunca toda la verdad. Había tratado con Minias en otras ocasiones y había tenido la oportunidad de comprobar que, a pesar de su considerable poder, era un novato en lo que a relaciones personales se refiere. Había pasado el último milenio haciendo de canguro de los habitantes más poderosos y desquiciados de siempre jamás pero, por lo visto, algo había cambiado. Y alguien estaba sacando a Al de su confinamiento y dejándolo libre para que me matara.

Maldita sea. ¿Será Nick? Sentí que el estómago se me encogía y apoyé uno de mis puños en la cintura. Sabía que tenía capacidad para hacerlo, y nuestra relación no había empezado precisamente con buen pie.

—Déjame salir —susurró Minias—. Te prometo que me atenderé a tu idea del bien y del mal.

Eché un vistazo a la tienda arrasada. Uno de los oficiales había conseguido quitarse de encima a la dependienta, y en ese momento ella nos señalaba con el dedo hablando atropelladamente. De pronto, otros agentes uniformados entraron en fila, el lugar estaba empezando a estar muy concurrido. Jamás conseguiría de Minias un contrato verbal mejor que aquel.

—Trato hecho —dije frotando con la planta del pie la línea de tiza para romper el círculo.

—¡Eh! —gritó uno de los recién llegados al ver que mi burbuja descendía. El delgado joven extrajo una fina varita mágica de su cinturón y nos apuntó con ella—. ¡Todo el mundo al suelo!

La dependienta soltó un grito y se desmayó. Desde el exterior se oyeron los gritos de la multitud, presa del pánico. Yo me coloqué de un salto delante de Minias con las manos en alto y los brazos extendidos.

—¡Sooo! ¡Sooo! —grité—. Soy Rachel Morgan, de Encantamientos Vampíricos, agencia de cazarrecompensas independiente. Tengo la situación bajo control. ¡Estamos bien! ¡Estamos todos bien! ¡Aparte esa varita!

La tensión descendió notablemente y, una vez se calmaron los ánimos, me quedé boquiabierta al reconocer al oficial de la SI.

—¡Tú! —exclamé en tono acusador. Justo en ese momento, Jenks despegó de mi hombro y salió disparado hacia él.

—¡Jenks, no! —grité, y la habitación reaccionó. Se alzó una protesta unánime e, ignorando las voces que me ordenaban que me detuviera, inspiré hondo y me coloqué a toda prisa delante del hombre de la varita. Tenía que evitar que Jenks lo pixeara y, de alguna manera, acabar enfrentándome a una acusación de agresión.

—¡Patético pedazo de mierda de hada! —gritó Jenks volando de un lado a otro a toda velocidad mientras yo intentaba interponerme entre ellos—. ¡Nadie se larga de rositas después de haberme dado un puñetazo! ¡Nadie!

—¡Cálmate, Jenks! —lo tranquilicé intentando no perder de vista a Minias—. ¡No merece la pena! ¿Me oyes? ¡No merece la pena!

Mis palabras surtieron el efecto esperado y Jenks, sin dejar de golpear sus alas violentamente, accedió a volver a mi hombro. A continuación ahuequé la bufanda y me giré hacia el oficial de la SI. Sabía que mi rostro mostraba la misma expresión de rabia y desprecio que el de Jenks. No me esperaba volver a ver a Tom, aunque, pensándolo bien, ¿a quién iban a mandar a una misión en la que estuvieran involucrados demonios, si no a un miembro de la división Arcano?

El brujo era un topo en la SI, llevaba a cabo algunas de sus misiones más confidenciales y mejor pagadas mientras, simultáneamente, trabajaba para una secta de fanáticos dedicados a las artes ocultas. Lo sabía porque el año anterior había actuado de chico de los recados y me había pedido que me uniera a ellos. Justo después, había dejado inconsciente a Jenks, abandonándolo en el salpicadero de mi coche para que se friera. Menudo gilipollas.

—Hola, Tom —lo saludé secamente—. ¿Qué tal te manejas con la varita?

El oficial de la SI dio un paso atrás sin apartar la vista de Jenks. En ese momento alguien se burló de él por tener miedo de un pixie de apenas diez centímetros de altura. La verdad es que tenía motivos para hacerlo. Un ser tan pequeño y con alas podía resultar letal. Y Tom lo sabía.

—Morgan —dijo Tom arrugando la nariz al sentir el aire impregnado del olor a ámbar quemado—, ¿has estado invocando demonios en público? ¿Por qué será que no me sorprende? —A continuación, tras echar un vistazo a los destrozos de la tienda, añadió—: Esto te va a salir muy caro.

En ese momento me acordé de Minias y mi respiración se aceleró. Me giré y comprobé que el demonio, fiel a su palabra, estaba comportándose. Ni siquiera había movido un dedo, a pesar de que todos los oficiales de la SI que entraban en el lugar le apuntaban con sus armas, tanto convencionales como mágicas.

Mi madre soltó un bufido y se dirigió a él taconeando.

—¿Un demonio? ¿Ha perdido usted el juicio? —preguntó colocándose las compras bajo el brazo para poder coger la mano de Minias y darle unas palmaditas. Yo me quedé de piedra, pero el demonio parecía aún más sorprendido.

—¿De verdad cree que mi hija es tan estúpida como para permitir que un demonio salga de un círculo? —continuó con una amplia sonrisa dibujada en su cara—. ¿En pleno centro de Cincinnati? ¡Por el amor de Dios! Se trataba de un disfraz. Este amable joven estaba ayudando a mi hija a repeler los demo-

nios cuando se vio atrapado entre dos fuegos —prosiguió sin dejar de sonreír. Minias apartó sus manos delicadamente y las entrelazó con firmeza—. ¿No es así, querido?

Sin decir una palabra, Minias se apartó a un lado. A continuación tomé conciencia de lo que estaba pasando cuando algo proveniente de siempre jamás cruzó a este lado de las líneas y Minias sacó una cartera del bolsillo trasero de sus pantalones.

—Aquí tienen mi documentación, caballeros —dijo el demonio dirigiéndome una sonrisita antes de entregar a Tom lo que parecía una de esas carteras para llevar la documentación que se ve en las películas de polis.

La dependienta se desplomó sobre el primer oficial gritando.

—¡Había dos vestidos con togas y uno con un traje verde! Me parece que ese es el de verde. Me destrozaron la tienda. Sabían cómo se llamaba. Esa mujer es una bruja negra y todo el mundo lo sabe. Ha salido en los periódicos y también lo han dicho en las noticias. Es una amenaza. Un bicho raro y una amenaza.

Jenks se puso furioso, pero fue mi madre la que dijo:

—¡Contrólate, Pat! Ella no los llamó.

—Pero ¿y mi tienda? —insistió Patricia, cuyo miedo se había transformado en rabia ahora que estaba rodeada de agentes de la SI—. ¿Quién me va a pagar todos los desperfectos?

—Mire —le dije sintiendo los temblores de Jenks entre la bufanda y yo—, mi compañero es extremadamente sensible al frío. ¿Por qué no zanjamos este asunto? Por lo que puedo entender, no he infringido ninguna ley.

Tom levantó la vista después de comprobar la identificación. Luego comparó la fotografía con Minias y, por último, se la pasó de mala gana a un oficial mucho mayor que él que estaba justo detrás.

—Compruébala.

La inquietud me invadió, pero Minias no parecía preocupado. Jenks me pellizcó la oreja cuando Tom se acercó a mí y me sacó de mis ensoñaciones.

—No deberías habernos rechazado, Morgan —dijo el brujo tan cerca que pude percibir el característico olor a secuoya que desprendía. Cuanto más practicabas la magia, más intenso era tu olor, y Tomapestaba. Entonces pensé en Minias y sentí un momento de preocupación. Es posible que tuviera el aspecto de un brujo, pero su olor sería el de un demonio, y habían visto cómo lo liberaba. *Joder. Piensa, Rachel. No reacciones, ¡piensa!*

—No sé por qué —dijo Tom suavemente con tono amenazante—, pero intuyo que tu amigo Minias no aparecerá en los archivos. En ninguno de ellos. ¿Será porque se trata de un demonio?

Mis pensamientos se arremolinaban, sobre todo cuando vi que Minias se relajaba detrás de mí.

—Estoy seguro de que el señor Bansen comprobará que mi documentación está en regla —dijo, y yo me estremecí al tiempo que un escalofrío recorría, provocado por la corriente que levantaban las alas de Jenks, todo mi cuerpo.

—¡Joder! Minias huele a brujo —susurró el pixie.

Yo aspiré profundamente y mis hombros se relajaron al descubrir que, efectivamente, no desprendía el característico olor a ámbar quemado que impregnaba a todos los demonios. Me giré hacia él, sorprendida, y el demonio se encogió de hombros girando su mano. La seguía teniendo cerrada y mis labios se separaron cuando me di cuenta de que no la había abierto desde el momento en que mi madre se la había cogido.

Con los ojos muy abiertos, me giré hacia mi madre y descubrí que estaba sonriendo. ¡Le había dado un amuleto! Mi madre estaba como una cabra, pero una cabra muy astuta.

—¿Podemos irnos? —pregunté, a sabiendas de que Tom también intentaba olisquearlo.

Tom entrecerró los ojos. Luego me cogió del codo y me apartó de Minias.

—Sé muy bien que se trata de un demonio.

—Demuéstralo. Además, como tú mismo me dijiste una vez, invocar demonios no es ilegal.

Su rostro se enfureció.

—Tal vez no, pero estás obligada a responsabilizarte de los daños que puedan ocasionar.

A Jenks se le escapó un gemido y yo sentí que mi cara se agarrotaba.

—¡Ella me ha destruido la tienda! —aulló la mujer—. ¿Quién me va a pagar todo esto? ¿Quién?

Un agente de la SI se acercó con la documentación de Minias y, mientras Tom alzaba un dedo para indicarme que debía esperar, escuchó lo que tenía que decirle. Mi madre se colocó junto a mí y la gente del exterior se quejó cuando un oficial empezó a empujarles para que se dispersaran. Tom frunció el entrecejo cuando el hombre se marchó y, animada por su expresión malhumorada, sonreí con malicia. Iba a salir de allí. Lo sabía.

—Señorita Morgan —dijo retirando su varita—. Tengo que dejarla marchar...

—¿Y qué pasa con mi tienda? —aulló la mujer.

—¡Basta ya, Patricia! —dijo mi madre, y Tom hizo una mueca de asco como si se hubiera tragado una araña.

—Siempre que admita que los demonios estuvieron aquí por culpa suya —añadió—, y que acepte hacerse cargo de los desperfectos —concluyó devolviendo a Minias su documento.

—¡Pero no ha sido mi culpa! —protesté pasando la vista por las estanterías rotas y los amuletos desperdigados por el suelo mientras trataba de evaluar a cuánto ascenderían los costes—. ¿Por qué tengo que pagar porque alguien los mandó para que me atacaran? ¡Yo no los invoqué!

Tom sonrió y mi madre me apretó ligeramente el codo.

—Si lo desea, estaremos encantados de que nos acompañe a la central de la SI para rellenar un formulario de contrademanda.

Qué amable.

—Está bien. Me haré cargo de los desperfectos. —Demasiado para los fondos para el aparato de aire acondicionado—. Venga —dije estirando el brazo para agarrar a Minias—, salgamos de aquí.

Mi mano lo atravesó justo por la mitad. Me quedé helada, pero pensé que nadie más lo había notado. Entonces miré su cara airada y le indiqué con un gesto agrio que pasara delante de mí.

—Usted primero —dije. A continuación vacilé. No podía hacer aquello en la cafetería que estaba a dos manzanas de allí. No con la SI merodeando por allí como un montón de hadas alrededor de un nido de gorriones—. Tengo el coche un poco más abajo. Es el descapotable rojo, y tú te sentarás en el asiento de atrás.

Minias alzó las cejas.

—Como tú digas... —murmuró poniéndose en marcha.

Con expresión de orgullo y satisfacción, mi madre me arrebató las compras y me agarró del brazo. Como por arte de magia, el gentío se apartó para mostrarnos la puerta.

—¿Estás bien, Jenks? —le pregunté cuando sentí en mi rostro el frío aire de la noche.

—Tú llévame al coche —dijo.

Con mucho cuidado, le di una vuelta más a la bufanda para que pudiera acurrucarse.

Un café con mamá y con un demonio. Oh, sí. Qué gran idea.